

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS,—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas. — Uno idem, y un cuadro de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott. En el número próximo, la continuación de todas estas obras.

BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.

Bernardino de Saint-Pierre nació en el Havre el 19 de enero de 1737. Desde su mas tierna edad manifestó un gusto decidido por el retiro y la soledad, odio profundo á la injusticia y un instinto enérgico de la divinidad, cuyos tres sentimientos dominaron su existencia, y se revelan en todas sus obras. A la edad de ocho años, tenía un jardín, que él mismo cultivó, y á donde por las noches iba á espirar el desarrollo de sus plantas, estudiar la atracción de sus flores, á sorprender sus caricias, á regar su tallo y á consumir las horas muertas contemplando los insectos que dormían en sus cálizos cubiertos de rocío. Así es que lloraba amargamente cuando sus hermanos arrojaban en medio de las rosas ó los tulipanes sus pelotas ó sus aros, y solo cogía con gusto las flores para regalarlas á su madre ó su madrina.

Como amaba extraordinariamente á los animales, un día que halló en el albañal de un arroyo á un podre gato traspasado con un asador y próximo á espirar, lo envolvió en su capotilla, lo condujo al granero de su casa, le hizo una cama de heno y pluma, y no dejó pasar un día sin llevar á su enfermo la comida y leche que escamoteaba en la cocina. Gracias al niño, la herida se cicatrizó, y luego que el gato cobró fuerzas, corrió á los tejados á tomar el sol haciéndose á poco el Atilla de los ratones. Traspasado con tanta crueldad por los hombres, tomó horror al género humano, y de todo el mundo huía menos de Bernardino, de quien se dejaba acariciar, rodando á su alrededor con el pelo erizado y la cola en forma de penacho.

Su odio á la injusticia, su amor por la soledad y su confianza instintiva en Dios, influyeron sobre toda su infancia y dieron lugar á un hecho extraño. Un día que se hallaba en la escuela (tenía entonces nueve años), su maestro de latín le amenazó con azotarle públicamente delante de todos sus condiscipulos, si al otro día no daba la lección sin errar un punto. Esta amenaza le irritó de tal modo, que resolvió retirarse del mundo donde el fuerte oprime al débil, y decidido á

hacerse ermitaño, á la mañana siguiente, en vez de ir á la escuela, se deslizó fortuitamente á lo largo de las paredes, se escapó por las calles estrechas y sombrías, y á poco se encontró en las puertas de la ciudad, la cual abandonó en seguida.

Al cabo de algunas horas de camino, llegó á un bosque de álamos y encinas, penetró en él, y fué á parar á un prado cubierto de verdura y muy solitario. Arrebatado de gozo corre acá y allá, cogiendo moras de zarza y ciruelas silvestres, comiendo raíces, estudiando las flores, bebiendo agua clara de un arroyo y admirando el verde musgo de las orillas. Luego, como la noche se acercaba y el solitario empezaba á espantarse de la soledad, y del gran apetito que no había aplacado su frugal alimento, se hincó de rodillas, rogando á Dios fervorosamente le enviase un ángel con alguna cosa mas sustancial que los frutos del bosque y las raíces del valle. Dios oyó sus ruegos, y á poco vió el chico un ángel que se acercaba á él bajo la forma de una muger cariñosa que lo había visto nacer, que lo había criado y había salido en su busca. Bernardino se dirigió á ella con trasporte, y después que ambos lloraron de alegría, el niño abrió el canasto que la muger llevaba, y calmó la necesidad imperiosa del hambre; pero luego que su estómago estuvo mas tranquilo, se despertó su vo-

Se necesitaron muchas lágrimas, muchas súplicas y no pocos ruegos para que aquella noche volviese á la casa paterna. Conducido á poco á Caens, pasó algunos años en casa de un cura que tenía una quinta en las puertas de la población y un gran número de discípulos, á los cuales enseñaba los elementos de los idiomas del latín y griego.

De vuelta á su casa, contrajo relaciones con un capuchino de las cercanías que se había hecho amigo de su familia, y que era muy instruido. Debiendo el hermano Pablo partir para Normandía, rogó á Mr. de Saint-Pierre que le confiase su hijo, y como el capuchino era un hombre de alma elevada y recto corazón, aquel dió su consentimiento, y Bernardino y el hermano Pablo partieron una mañana, con el morral á la espalda y un baston de nudos en la mano. Viajando á pie, pasaron juntos quince días, llamando ya á la puerta de ricas haciendas, ya á la de pobres chozas, deteniéndose en todos los conventos que encontraban en el camino, por todas partes bien recibidos, el hermano Pablo como el mejor de los hombres, y Bernardino como el mas guapo de los capuchinos.

Jamás se había ocultado bajo una capucha un rostro mas fresco ni mas sonrosado, y tantas caricias hicieron las damas al capuchino, que tomó



Bernardino de Saint-Pierre.

cacion, y persistió en hacerse ermitaño y en vivir en el fondo de un bosque, lejos del mundo y de su familia.

gusto á la profesion, y á su vuelta habló seriamente á su padre acerca de su proyecto de ser uno de los hermanos de la orden. Mr. Saint-Pierre

logró, aunque con trabajo, vencer su piadosa resolución; pero su madrina le regaló el Robinson, y este libro decidió su destino, reviviendo con él, con doble fuerza, el deseo de viajar y ver tierras desconocidas.

Abrigaba estas disposiciones, cuando un tío suyo, capitán de navío, le propuso se embarcase con él para la Martinica, y por más que lloró su madre y resistió su padre, él lloró más que su madre y resistió más que su padre; su tío unió sus ruegos á los suyos, y Bernardino se embarcó saltando de alegría. Pero no encontró lo que esperaba, porque en vez de un mar agitado y furioso, lo halló en completa calma, y el mareo destruyó los sueños dorados de su imaginación. Además, en lugar de largas contemplaciones sobre el puente sufrió rudos trabajos, teniendo que ocuparse en las maniobras, que obedecer el silbido del contramaestre, acostarse por la noche en una hamaca fatigado y triste, y sufrir de día los caprichos del brusco tío.

Al cabo de algun tiempo, volvió de su fatal viaje, y fué enviado á Caens con los jesuitas para que continuase sus estudios, y los jesuitas, que buscaban con ardor discípulos que cautivar y almas que convertir, no tardaron en observar que el nuevo discípulo era el más á propósito para sus inspiraciones.

Todos los días de fiesta por la noche se reunían los religiosos en la sala del Seminario, y un superior leía al auditorio la relación de los jesuitas misioneros. Estas lecturas despertaron en Bernardino el deseo de viajar para convertir á la religión de Cristo los pueblos de Ganges, arrojando toda clase de persecuciones, y aun tal vez sufriendo la corona del martirio. Cuando confesó á los santos padres su vocación, estos le propusieron asociarle á los hermanos que iban á predicar la fé al Japón y á la China, pero á Mr. de Saint-Pierre le gustó muy poco el proyecto de ir á convertir chinos, japoneses, antropófagos, y envió á su hijo al colegio de Roma, donde estudió filosofía y alcanzó el primer premio de matemáticas en 1757, cuando ya tenía veinte años.

Del colegio pasó á la escuela de puentes y calzadas, y hacia un año que estudiaba allí cuando supo que su padre había vuelto á casarse, y licenciados la mayor parte de los ingenieros por falta de fondos para subvenir á los gastos del colegio; comprendiendo Bernardino que nada podía esperar de su padre, solicitó entrar en el cuerpo de ingenieros militares. Obtuvo su real despacho, seiscientas libras de gratificación y cien luises de paga, y marchó á Durseldorf, donde se reunía un ejército de treinta mil hombres. Víctima de la envidia algun tiempo después, fué suspendido de su empleo, y recibió la orden de trasladarse á París. Sin dinero, sin colocación y sin recurso alguno, determinó pasar algunos años al lado de su padre; pero á poco conoció que su presencia no era muy agradable á su madrastra, y deseando no turbar la armonía del nuevo matrimonio, resuelto otra vez á intentar fortuna, se dirigió á París por el mes de marzo de 1760 con seis luises, pero lleno de esperanzas.

Habiendo temores en aquella época de que los turcos sitiase á Malta, muchos ingenieros, y entre ellos Bernardino, fueron enviados á la plaza, pero por segunda vez calumniado y perseguido, se embarcó para Francia, sufriendo una penosa borrasca á la vista de Cerdeña, entre el banco de la Casa y las rocas que erizan la costa.

Llegado á París, vivió en aquella capital algunos años pobre, miserable, olvidado de sus amigos y abandonado por su familia.

Entonces resolvió ir á fundar una república, quimera de su juventud, y tomando prestados algunos centenares de francos, vendió sus vestidos para pagar sus deudas, se hizo con algunas cartas de recomendación, y partió para Holanda con intención de fundar la república en el fondo de la Rusia.

Al cabo de un viaje lleno de dificultades, falta de todo, por terco como el genio, llegó á Petersburgo; pero sabiendo que la corte de Catalina se hallaba en Moscow, desmayó un poco porque se le iban acabando los fondos. Cuando solo le quedaban seis francos, fué presentado al gobernador de Petersburgo, al cual llevó un plan de que quedó tan satisfecho el mariscal, que

prometió recomendar el autor al general de la artillería: al mismo tiempo ofreció á Saint-Pierre un saco de rublos, diciéndole que con aquella suma podría pagar el viaje á Moscow; pero Bernardino respondió que los ingenieros del rey de Francia no podían recibir dinero más que de un soberano, y rechazó.

Penetrado el gobernador de tanta dignidad, le confió al general Livers que se dirigía á la corte, y éste colocó al joven en un camello descubiertó que la primera noche volcó: al segundo día se le heló á Bernardino una megilla, luego una oreja, y sin más alimento que pan duro y frío como el hielo, ni otra bebida que vino que tenía que cortarse con hacha, comenzaba á perder el valor cuando descubrió las torres de Moscow que brillaban entre la bruma de la tarde, de los rayos del sol que iba á ponerse.

Abandonado á su llegada por el general Livers, con un escudo por todo capital, se presentó al general Bosquet para quien llevaba carta de recomendación, y que le acogió muy bien, alcanzándole una subtenencia en el cuerpo de ingenieros. Amigo, al cabo de unos días, del general de la artillería, su nuevo protector resolvió presentarle á Catalina, y como había escrito Bernardino una Memoria que fué publicada más tarde con el título de Proyecto de una compañía para descubrir el paso para las Indias por la Rusia, decidido á fundar una república cerca de las orillas orientales del mar Caspio, bendijo á la Providencia, y no dudó que con la protección de Catalina estaba llamado á muy altos destinos.

Desgraciadamente se cortó cuando fué presentado á la emperatriz, no la dijo una palabra, y desesperado por haber perdido una ocasión tan oportuna, al día siguiente se presentó al ministro favorito de Catalina, y le entregó la Memoria. Este la leyó con indiferencia, no volvió á ocuparse de ella, y al dolor profundo que Bernardino sufrió al ver destruidas las esperanzas de toda su juventud, fué á mezclarse un dolor poco menos amargo; el aspecto del despotismo de los grandes y de la servilidad del pueblo.

Después de muchas escursiones á la Finlandia rusa y á la Finlandia sueca, volvió á Petersburgo cuando la Rusia y la Prusia querían colocar en el trono de Polonia á un príncipe electivo, y este pueblo valeroso acudía á las armas proclamando su independencia. Llevado Saint-Pierre de un piadoso entusiasmo, abandonó el servicio de la Rusia y se dirigió á Polonia con la alegría del prisionero que acaba de recobrar su libertad.

Caminaba hacia Polonia en 1763 con el consentimiento del embajador del imperio y del ministro de Francia en Varsovia, cuando fué hecho prisionero por la imprudencia de su guía. Encerrado en un calabozo, le amenazaron con que le entregarían á los rusos si no confesaba que el embajador de Viena y el ministro le habían aconsejado aquel paso; pero él insistió en culparse á sí mismo, y permaneció preso nueve días, al cabo de los cuales fué puesto en libertad, gracias á las vivas gestiones de ilustres personajes que se interesaron por él.

Admitido Saint-Pierre en los salones de todos los gefes de partido, fué muy bien recibido por una princesa joven, hermosa y de talento, grave como una romana, heroica como la mujer de Sparta, amable y coqueta como la de París. Ocupado Bernardino hasta entonces con sus viajes y su ambición, no había pensado en el amor; pero concibió entonces una profunda pasión á que correspondió la princesa. Luego que la familia lo supo, sacaron á la enamorada de Varsovia, y Bernardino marchó á Viena, donde recibió una carta de la princesa, y engañado con la pintura animada que le hacía de sus pesares, se trasladó á Varsovia. La princesa se hallaba en un baile, y apenas hizo caso del oficial, quien se volvió á Viena con el corazón desgarrado.

Encendida la guerra entre Polonia y Sajonia partió para Dresde, donde fué muy bien acogido por el conde de Bellagarde que le concedió su amistad; pero la amistad del conde fué tan impotente como sus promesas, y cansado de residir en Dresde, partió para Berlín, resuelto á pedir servicio al gran Federico. No pudiendo obtener lo que pedía, dejó á Berlín para volver á Francia, y se encontró con que su padre había muerto, y su hermana había entrado en un convento.

En él la vió, y después de cederle algunas rentillas de su patrimonio, alquiló una casita en Ville el Avray, y se retiró á ella para dar la última mano á sus viajes por el Norte.

Luego que acabó sus Memorias, las presentó á Mr. Durand primer oficial del ministerio de Estado, á quien conoció en Polonia; pero Durand no leyó las Memorias, y las estravió. Entonces desanimado y cansado de solicitar en valde, manifestó Saint-Pierre deseo de pasar á las colonias; y habiendo conseguido el despacho de ingeniero para la isla de Francia por influjo del baron de Breteuil, que lo había acogido muy bien en San Petersburgo, este lo confió que su destino era para Madagascar, y que estaba encargado de levantar las murallas del fuerte Delfin, y de civilizar la colonia.

Lleno de alegría se embarcó Saint-Pierre con el gefe de la empresa, y un día que sentados los dos en la duneta de popa le hablaba de sus proyectos de legislación y de felicidad pública, el gefe de la expedición le dijo sonriendo que ya era tiempo de renunciar á semejantes quimeras, y que no había tenido otro designio que ocuparse en la trata de negros. Indignado de tanta perversidad Saint-Pierre, se separó de la expedición, compró una mala cabaña en la isla de Francia y vivió allí como ingeniero, no sin estudiar la historia natural, haciendo escursiones á la isla de Borbon y al Cabo de Buena Esperanza, hasta que dió la vuelta á Francia, entrando en París en el mes de junio de 1771.

Despreciado por sus amigos y burlado de los extraños, publicó en 1773 sus Memorias sobre la isla de Francia, por cuyo manuscrito debían darle mil francos; pero no se la pagaron, y si esta obra le halló algunos admiradores, también le granjeó no pocas enemistades, introduciéndole en una sociedad relajada que se burló de sus desgracias, y le despreció por sus virtudes.

La ingratitud de los hombres, desgracias imprevistas de familia, la ruina total de su patrimonio, las deudas de que estaba atestado, sus esperanzas de fortuna desvanecidas, sus intenciones calumniadas, un pasado doloroso, un presente que se le escapaba á cada paso, un porvenir incierto, tantos males combinados destruyeron su salud y su razón, y tomó tal odio á los hombres, que le era imposible permanecer en un aposento donde hubiese gente, y no podía atravesar una calle en que se encontrasen reunidas muchas personas.

Cuando se hallaba solo, se disipaba su mal, y también se calmaba en los sitios donde solo había niños; á poco de solicitarlo, le señaló el rey un socorro anual; beneficio incierto que dependía de la voluntad de un ministro, del capricho de terceras personas, y de la maldad de sus enemigos. Convencido de esto, se alejó del trato de los hombres, y luego que dejó de verlos, se calmó poco á poco, tranquilizóse su espíritu y se refugió al amor de la naturaleza, el único que no engaña, el único cuyas riquezas nunca se agotan.

Habiendo perdido en un cambio de ministerio la gratificación anual de mil francos, que era su único recurso, se decidió á publicar sus escritos, y recogió los fragmentos de la Arcadia, á fin de formar con ellos los estudios, que mutiló la censura, y que no quisieron comprar muchos librerías, teniendo el autor que publicarlos á su costa. Al fin aparecieron los estudios en 1774, y su buen éxito consoló al autor de las tribulaciones que había experimentado. Cuatro años después, en 1788, publicó Pablo y Virginia, que tal vez no hubiera visto la luz pública, sin el pintor Vernet, á quien la leyó el autor, lo mismo que antes había hecho en los salones de madama Necker, cuyas tertulias la acogieron con fría indiferencia.

El éxito de Pablo y Virginia fué inmenso, y puso al autor en estado de abandonar su boardilla para comprar una casita con un jardín, desde la cual dirigió á Luis XVI los Votos de un solitario, meditaciones morales que tendían á conciliar los nuevos intereses que se agitaban en la nación con los viejos intereses de la monarquía. Dos años después publicó la «Cabaña Indiana», sátira ingeniosa escrita con el corazón, y en 1792, cuando se ocupaba en poner en orden algunos fragmentos de las Harmonías, Luis XVI le arrancó á la soledad para confiarle la intendencia del jardín de las Plantas y del gabinete de historia natural.

Suprimida la intendencia en los días de la revolución, Bernardino se aprovechó de su libertad para refugiarse á Esona, donde había hecho edificar una linda casita, y tuvo que solicitar una corta gratificación para completar el pago de las dos fanegas de tierra que poseía, pues salió de su destino sin un cuarto. A ellas se retiró con su muger, porque se había casado poco tiempo antes de su nombramiento para la intendencia, y vivió feliz y solitario, extraño á las pasiones que ardían á su alrededor.

A fines de 1784 fué nombrado catedrático de moral de la escuela normal, destino que aceptó con repugnancia y que desempeñó con nobleza y modestia, pero con valor para predicar sus doctrinas religiosas en medio de la impiedad de su siglo.

Muerta su esposa, Saint-Pierre se estableció en París con sus dos hijos, cuya educación quería dirigir, pero aquella tarea era harto pesada para un hombre de sesenta y tres años, y se casó con una jóven que consagró con entusiasmo su juventud y sus virtudes á cuidar al que la había prendado con su talento. Después de tantas fatigas y contratiempos, la noche de su vida fué pura y serena, y gracias á la munificencia de José Bonaparte, vivió en paz sus últimos años en una casa de campo situada en las orillas del Oisa, en la aldehuela de Epagnig, donde redactó la Amazona, y puso en orden su Historia del universo. A la pensión de seis mil francos que le señaló José Bonaparte, y mil que poseía ya, el gobierno añadió otra de dos mil, concediéndole la cruz de la Legion de honor, con lo que libre de la miseria y sin inquietud por el porvenir de sus hijos, pudo descansar de sus trabajos, la única ambición que abrigaba.

Murió Bernardino de Saint-Pierre en los brazos de sus hijos el 24 de enero de 1814, dejando notas preciosas y muchos materiales acerca de su vida triste pero novelesca.

GHIGI.

1480.

I.

En una de las hermosas noches del otoño, cuando todos descansaban en Roma, y la luna reflejaba sus rayos en las ondas del Tiber retratando en ellas la frente de los soberbios edificios que adornan la capital del mundo, cuando el pueblo dormía confiado en la severidad del papa Alejandro, un hombre á quien los romanos, á quien la Europa entera admiraba como el artista de su siglo, desceñido el cabello, cubierta la faz de mortal palidez y con trémulo paso vagaba por las orillas del río, fijando con aire estúpido su vista en aquellas aguas, testigos de tantas glorias, depositarias de tantos crímenes.

En vano había procurado conciliar el sueño en su magnífico lecho, el pesar agudo que le devoraba en su palacio le siguió al campo. Después de una hora de silencio, ¡ay! exclamó: envidian mi nombre, mi gloria. Mi fama es una corona de hierro ardiendo que me abrasa y que yo no puedo arrancar de mi frente!—Daria mi palacio, mi casa de campo, mis riquezas todas por calmar mis remordimientos.—Y aun hay algunos que dicen que no los hay! ¡Ay! ¡yo he hecho todo lo posible por librarme de ellos... y siempre en vano!

Yo me he postrado ante el confesonario de un sacerdote, he gemido, he golpeado mi pecho con dolor, he hablado y.... y el ministro de Dios aterrado ha huido al escucharme.—Yo he asistido con jóvenes artistas para olvidar mi pena, á voluptuosas orgías, y cuando el vino espumante rebotaba en los vasos y las hermosas nos brindaban con el placer, ansioso de privarme de la razón, bebía, bebía, y bebía en vano! ¡Ay! el vino y los manjares no tienen embriaguez para mí!—¡Para lograr la paz del alma he seguido á un solitario lejos del mundo, me he consagrado á la austeridad y á la penitencia, y sin embargo, allí tenía siempre fija, clavada mi execrable idea! —¡En vano he buscado el sosiego en los brazos de un ángel, de una muger pura; las virtudes de una esposa no han bastado á purificar mi al-

ma á hacer callar los remordimientos!—¡Su voz celestial me mata, me asesina, me llama Ghigi!... nombre execrable. Los romanos, los extranjeros, mi muger, mi hijo, todos me llaman Ghigi... y siempre Ghigi!—¡Nombre usurpado y al que está unido tanto crimen! ¡Ghigi es para mi ingratitud, traición, adulterio, robo, asesinato!!!—¡Oh! si la muerte fuese la nada!... ¡si no hubiese una vida eterna de castigo, donde aun tenga que oír por siempre ese terrible nombre. ¡Ghigi!... ¡Ghigi!...

Calló, volvió sus ojos convulsos al cielo, sacó del pecho un pliego grande sellado con tres sellos negros.... lo depositó sobre la arena.... miró suspirando por última vez á la ciudad de Roma.... al palacio donde reposaban su muger y su hijo.... y el ruido sordo que hizo un cuerpo al caer en el agua fué repetido lejanamente por el eco en medio del silencio profundo de la noche.

II.

A la mañana siguiente Roma consternada lloraba la muerte del gran pintor Ghigi. Las conjeturas mas extrañas se formaban sobre la causa de su desastrosa muerte. Su tristeza, su melancolía desde que había aparecido en aquella capital emporio de las artes, le habían hecho abandonar sus pinceles, que le habían adquirido un renombre inmortal. En vano el pontífice mismo había deseado emplear sus talentos en el Vaticano. Ghigi se había negado constantemente. El pliego que había dejado el infeliz al suicidarse reveló un horrible misterio.

¡El miserable cuyo cadáver habían arrojado las hondas del Tiber, y á el que la ciudad entera se aprestaba á honrar como á un gran artista.... no era Ghigi! ¡Se llamaba Antonio Ferragio!! Natural de Palermo, y jóven disoluto, una noche al salir de una orgía con otros compañeros de desorden, insultó á una dama de distinción, y asesinó al hermano del gobernador de Sicilia. Huyendo del cadalso aquella misma noche, solo, errante, cayó al amanecer desfallecido á algunas leguas de Palermo. No podía negar el asesinato porque una de sus víctimas le había reconocido; no podía espatriarse, falta de recursos, ni podía encontrar un asilo, porque la venganza de las leyes alcanzaría al que le protegiese. Iba á perecer. Un jóven á caballo pasó en aquel instante. Al verle pálido, moribundo, víctima tal vez de algunos bandidos, le ofrece generoso socorro; á fuerza de instancias le arranca su secreto, le monta sobre la grupa de su caballo, y le da un asilo en su casa de campo. Le liberta de una muerte inevitable!... ¡la muerte en un cadalso!

La casa de campo pobre en su exterior se hallaba adornada interiormente con cuadros preciosísimos. El generoso huésped reveló á Ferragio en cambio del fatal secreto que éste le confiara, lo que á ningún mortal hasta entonces había revelado. Que era Ghigi, pintor napolitano á quien hacía diez años suponían unos en Méjico, y los mas que había muerto. Al volver á Nápoles, de donde había salido huérfano, desvalido, después de quince años de ausencia, y de haber aprendido la pintura, había logrado hacerse amar de la hermosa Paula, hija del conde de Rianzo. Por evitar la venganza de una familia noble y poderosa abandonó sus trabajos artísticos, robó la hermosa Paula, se casó con ella, y bajo nombres supuestos habían hallado un asilo seguro cerca de Palermo. En aquella casa ignorados del mundo vivían felices. Cultivaba Ghigi el arte de que era idólatra sin gloria, pero también sin envidia, sin los mezquinos celos que el mérito suscita. Su ventura era completa; el miserable á quien había salvado la vida la destruyó.—La soledad, la hermosura de Paula encendieron su sangre siciliana. Un día fuera de sí, penetró en la estancia donde dormía Paula.... Paula fué suya. A los gritos de la desventurada corre Ghigi á su socorro, una puñalada la derriba á los pies de Ferragio. La bella Paula espira de dolor. Al asesinato sigue el robo. El oro, los cuadros de Ghigi son arrebatados.... Su cadáver horriblemente mutilado. Podía revivir aun.... su lengua podía hablar, su mano podía escribir!... El asesino llega á Roma, se anuncia como el pintor Ghigi, que vuelve de Méjico, espone al público algunos de sus cuadros, que fueron arrebatados á porfía. El nombre de Ghigi se repite con entusiasmo, adquiere

gloria, es en breve tiempo rico, muy rico, y entre el prestigio de la celebridad y los placeres, sofoca algun tanto los remordimientos, con que un suceso terrible al cabo de dos años vino á destrozarse de un modo cruel su corazón.

Vió un día el príncipe Borgia, hermano del papa, uno de los cuadros que conservaba aun, una Virgen dando de mamar al niño Jesus. Deseó adquirirlo para su hermosa galería, pagó por él una suma considerable, y al conducir el cuadro al palacio de los Borgias, el pueblo arrebatado á la vista de aquella obra maestra sigue entusiasmado el cuadro aclamando el nombre de Ghigi, obliga á Ferragio á asistir á este triunfo improvisado, conduciéndole en una carroza descubierta del príncipe Borgia.—Era tanta la multitud, que el fúnebre acompañamiento de un infeliz que conducían al patíbulo tuvo que detenerse. Los gritos de alegría sofocaron el rezo triste de los agonizantes. Era el reo un mendigo mudo y manco á quien la justicia del papa condenaba al cadalso por el robo de un pan á que le había impulsado la necesidad. Al oír el nombre de Ghigi, al ver al que llevaban en triunfo, levantó la cabeza, estendió sus manos mutiladas hacia él, intentó en vano articular un sonido con su cortada lengua y se desmayó....

¡Era el verdadero Ghigi!...

El asesino subió en triunfo al Capitolio, el artista pereció en el cadalso!—Un año después los remordimientos del asesino le habían vengado.

III.

A los tres días el cadáver del suicida era conducido en un carro solo, sin acompañamiento, privado de las oraciones de la Iglesia, y arrojado en un muladar fuera de la puerta Sulcrata, al mismo tiempo que la nobleza, el clero romano, conducía al Panteon otro cadáver exhumado del campo donde la caridad cristiana sepulta los infelices condenados al último suplicio. El cadáver que honraba Roma con unos funerales dignos de un rey, era el de un infeliz mudo y manco, ajusticiado un año antes por un pequeño robo. La obra maestra que el infeliz había encontrado conducida en triunfo al marchar al cadalso, precedía su féretro. El papa mismo, Alejandro VI, celebró una misa delante de la urna donde se depositaron los restos del grande artista, á quien condenó la justicia engañada de los hombres y á quien la justicia divina devolvió en la posteridad su fama y merecido renombre.

MISCELANEA.

La riqueza moral como la riqueza material del hombre, está en el trabajo; el trabajo le hace á la vez dichoso y rico, alcanzando uno y otro cuando sus esfuerzos llegan al objeto que se propone. Un trabajo sin éxito es un tormento tal, que los poetas le han considerado como digno de colocarle entre los del infierno. Inversamente creo que un trabajo dichoso siempre, sería un goce siempre creciente. Pero para caminar hacia el objeto es menester luces.

Aplicando la seducciones del hombre que piensa y crea teorías al trabajo, del hombre que obra y practica, es como se desarrolla la gran sociedad. La ciencia y el trabajo, la teoría y la práctica, tienden sin cesar á acercarse. Cuanto mas se perfeccionan las ciencias, mas fáciles se hacen en su aplicación, mas se acerca el trabajo á los principios, y puede guiarse mejor por ellos.

Si bien es útil que la parte de la nación que obra, sea ilustrada por la parte de la nación que piensa, tambien es conveniente que la parte que piensa se enlace á la acción, á fin de tener en cuenta la experiencia para encarrilarse por la senda de lo verdadero y útil.

Los falsos amigos son como la sombra que proyecta el cuadrante solar: véseles al brillo del astro del día, pero tan pronto como aparece la mas ligera nube obscura, desaparecen.

UN ENTIERRO CHINO EN CALIFORNIA. No ha mucho tiempo murió en San Francisco de Cali-

fornia un comerciante chino, y fué sepultado en el cementerio de Lonne-Mountaine, sin ceremonia alguna. Tres semanas despues reuniéronse en derredor de su tumba todos sus compatriotas con objeto de tributarle los últimos honores, debidos á una persona de elevada clase, y segun costumbre entre los chinos. La primera diligencia que practicaron, fué cubrir la tierra al rededor de la sepultura con tapices; verificado lo cual, se colocó al pie de la misma un cerdo

bicos. Las masas de agua que estos rios impulsan anualmente por toda la estension de su lecho, componen en el Rhin 416, en el Nilo 215 y en el Ganges mas de una milla cúbica. Las corrientes marítimas conducen por el contrario en cada 6 horas 200 millas cúbicas de agua de una parte de la tierra á la otra. La cantidad total de agua en los mares, asciende proxivamente á 4 millones y medio de millas cúbicas, y para llenar todas las profundidades de los mismos,

de la literatura sanscrita; los templos numerosos, se hallan frecuentados diariamente por una poblacion de mas de seiscientas mil almas. Por las calles circulan libremente lo mismo que los perros, los toros consagrados á Siva, y enjambres de monos consagrados á Harnaman, saltan á todas horas de una casa á otra. Pero Benarés no es solamente residencia del Vidalaya (universidad brahmánica) sino tambien punto industrial, gran mercado de los chalets del Norte, de los diamantes y pedrerías del Mediodía y de las mercancías inglesas.

Benarés, aunque bonita y pintoresca, no es ni con mucho, una ciudad de primer orden, ni su aspecto tan poético y grandioso como pretenden hacernos creer las descripciones de los viajeros. Es, sin embargo, un hacinamiento de edificios de tres pisos, de pequeños templos adornados con esculturas como piezas de aljerez, en donde bullen brahmas y fakires, pintados con variedad de colores: toros pequeños blancos y los cuernos dorados, engalanados con guirnalda de flores: de mugeres casi desnudas cargadas de anillos, asperjando con agua varios idolillos ó piedras cilíndricas redondeadas por la punta: de estravagantes jóvenes con su arco colgado al hombro, cual dioses mitológicos, y flechas atadas á la espalda, montados en caballos pintados con achiote ó añil. Es cosa sorprendente ver aquella confusa masa de hombres, mugeres y muchachos de todas edades y colores, andar apiñados y empujándose unos á otros por aquellas angostas callejuelas, y de vez en cuando aparecer por encima de la turba y



Benarés, mirado del lado del templo.

asado, y sobre ella pusieron fuentes y bandejas con diferentes manjares, fruta de muchas clases, etc. Creíase que los chinos se sentarian en seguida para en amor y compañía engullírselos; pero nada de esto hubo. El banquete era consagrado al alma del difunto. Servido que fué, presentóse á la cabecera de la sepultura la viuda del enterrado, llevando una especie de toca disforme en la cabeza, hecha de una tela blanca, y un sacerdote con coleta rizada perfectamente y con mucho arte, vestido de traje talar que arrastraba por el suelo, se colocó á un lado de la tumba rodeado de los parientes y amigos del muerto. Al comenzar la viuda á derramar lágrimas, sacáronse de un lujoso baul los vestidos del difunto para quemarlos, entre los cuales los habia magníficos y aun algunos sin estrenar, ascendiendo el valor total de estas prendas, cuando menos, á unos 500 duros. Acto seguido se echaron á volar cuatro canarios destinados á conducir en rápido vuelo el alma del difunto al otro mundo, principiando el sacerdote á agitar fuertemente una campanilla, murmurando á la vez algunas oraciones. A esta ovacion siguió un grito general de todos los circunstantes, y colocándose el sacerdote á la cabeza del cortejo, tocando sin cesar la campanilla, dieron todos unas cuantas vueltas alrededor de la sepultura. El cerdo asado y los demas manjares, envueltos en los tapices, fueron conducidos á la ciudad, en donde se venden en pequeñas porciones y á unos precios enormes á los devotos, los cuales tienen estas reliquias sepulcrales en grande estima y veneracion.

MASAS DE AGUA EN MOVIMIENTO. El Rhin conduce en Emmerich, ciudad de los Estados prusianos, 265 millones de pies cúbicos de agua por hora; el Nilo en Syvut, cuando sus aguas estan bajas 80, y en las crecidas 640 millones de pies cúbicos; el Ganges en Sieligulli 4,620 pies cúbicos.

seria menester que todos los rios de la tierra precipitasen sus corrientes durante 40,000 años.

LA ILUMINACION DE LAS COSTAS EN INGLATERRA. En los faros ingleses prevalecen en el dia dos sistemas á saber: el catóptrico y dióptrico. A fin de evitar la expansion de los rayos luminosos en todas direcciones, se aplican en el sistema catóptrico reflectores, los cuales, concentrando la luz, la transmiten con mayor intensidad á los puntos dados del respectivo horizonte. Este foco luminoso producido por los reflectores, es con luz fija 350 veces mayor que el efecto de la luz no concentrada, y hasta 450 en aquellas luces giratorias en que se adoptan reflectores grandes. En el sistema dióptrico se consigue una densidad luminosa de 1,400 á 1,500 veces mayor con la aplicacion de vidrios lenticulares, sistema que desde luego seria preferible al catóptrico, tanto por este motivo, como por la economia que resulta en el gasto de aceite, sino tuviera el inconveniente de apagarse á veces subitamente el foco de luz. Para formarse una idea de los inmensos gastos que reclama en Inglaterra la iluminacion de las costas, basta saber que un faro flotante, cuyo aparato es con mucho mas sencillo que el de una torre fanal, cuesta para su entretenimiento hasta 6,000 libras esterlinas anuales, y que el número de los faros fijos, flotantes, etc., ascienden en un todo á 302. El gasto que causan no le sufraga, como sucede en Francia, América, Rusia y Prusia, el estado, sino que lo cubren esclusivamente los propietarios de buques y el comercio. La parte principal toca á las embarcaciones de cabotage.

VIAGES.—LA INDIA. Benarés situada sobre las márgenes sagradas del Ganges, es una ciudad santa, sabia é inmensa, es la Atenas, ó mas bien la Roma de los indios, porque es el lugar donde están establecidos los colegios de los brahmas y

aun de los templos, edificios y tiendas de comestibles, elefantes corpulentos marchando con dificultad, derribando no pocas veces el colgadizo formado con hojas de cocotero y sostenido con estacas de bambú, puesto encima de las puertas; á cada momento parece que van á aplastar á los transeuntes. Mas no hay que temer; estos colosos son demasiado comidos y complacientes, siguen su camino con la mayor precaucion, poniendo sumo cuidado para no atropellar ni maltratar á ninguno.

Una de las cosas que mas indignó á Lutero para llevar á cabo la reforma de la Iglesia, fué la escandalosa venta que en su tiempo se hacia de las indulgencias. Cuentan que Juan Tetzel, fraile dominico, atravesó la Sajonia con el consentimiento del arzobispo, elector de Maguncia, y llevando cajones llenos de cédulas firmadas. Cuando llegaba á un pueblo, plantaba una cruz en la plaza y comenzaba á pregonar.

—Venid, venid á comprar bulas, porque al sonido de cada moneda que cae en mi cajon sale un alma del purgatorio.

El pueblo acudia en tropel á comprar las indulgencias, que llegaron á venderse hasta por las tabernas.

Entre los personajes ilustres que la historia fabulosa cuenta que fueron criados por animales, se cita: el rey Habis, amamantado por una corza; Cirus, por una perra; Semiramis, por palomas; Midas, por hormigas; Hieron y Platon, por abejas; Pelias, por una burra; Atalanta, por una osa; Esculapio, por una cabra; Remo y Rómulo, por una loba.